

ARCE, Javier: *Alarico (365/370-410 A.D.) La integración frustrada*. Madrid: Marcial Pons Historia, 2018, 180 páginas [ISBN: 978-84-16662-53-1].

En un ejercicio de honestidad, Javier Arce abre el prólogo de este texto dejando claro que no es posible la confección de una biografía de Alarico debido al déficit de información relativa a su persona. Además, estos datos, son fragmentarios y presentan importantes sesgos, lo que dificulta aún más si cabe la elaboración de un relato con visos de veracidad. Ante tales limitaciones, el autor plantea una serie de preguntas clave con el fin de vertebrar la investigación y arrojar tanta luz como sea posible sobre la vida y las empresas en las que se embarcó este personaje, uno de los elementos fundamentales para la comprensión e interpretación del devenir histórico en el periodo tardoantiguo. Entre otras cuestiones, se discute la pertinencia de la asignación del título de *rex* al protagonista del estudio, la composición del grupo que lo acompañó o las auténticas motivaciones tras sus movimientos y decisiones. Estos asuntos, que durante generaciones han polarizado las opiniones de los estudiosos, son esenciales a la hora de comprender el extraordinario viaje de Alarico y su pueblo.

Como es habitual en sus trabajos, Arce nunca elude el debate, es más, tiende a reavivarlo. Y esta es sin duda una de las fortalezas de la obra reseñada. La revisión de las convenciones es tarea ineludible para cualquier historiador, especialmente en casos como el que nos ocupa. Las imágenes de caudillo destructor de ciudades o de

bárbaro conspirador –que por largo tiempo fueron hegemónicas– se enfrentan a sólidas argumentaciones, interpretaciones alternativas o evidencias arqueológicas que cuestionan su precisión o incluso pertinencia. Para lograr aproximarnos al Alarico histórico, es necesaria una amplia gama de grises que permita dotar de la profundidad y los matices necesarios a la narración y nos evite caer en el simplismo.

El imprescindible proceso de crítica y análisis de la documentación disponible se ha desarrollado escrupulosamente. En este punto se evidencia la experiencia como arqueólogo y como historiador acumulada durante décadas por Javier Arce. La reconstrucción de la vida y obra de Alarico basándose en unos textos en los que abundan las *lacunae* y las exageraciones, al tiempo que escasean las certezas, requiere el contrapeso y el contraste de las evidencias arqueológicas. La labor ha sido fructífera y ha dado lugar a un relato bien hilado y consistente, en el que además de su propia visión, el autor ofrece un repaso a las principales ideas e hipótesis expuestas en la literatura centrada en el sujeto de estudio.

Siguiendo un criterio cronológico, se desarrolla cada una de las etapas de la vida y del extraordinario viaje de Alarico. Sin perder de vista en ningún momento la referencia geográfica, se van conectando los nodos que ofrecen los textos y los testimonios materiales desde los brumosos tiempos de su nacimiento, de los que apenas nada se sabe, hasta el momento de su muerte, en el que la dimensión mítica cobra una gran importancia. Tras el ya citado prólogo, el lector se encontrará con los seis capítulos en los se ha

estructurado el texto. En el primero de ellos se tratan los primeros años de la vida de Alarico. No son conocidos con exactitud ni el lugar ni la fecha de su nacimiento, como tampoco es posible describir de un modo preciso el proceso que lo llevó a encabezar el heterogéneo y cambiante grupo de seguidores que lo acompañó. Parece que la acumulación de prestigio personal militar pudo ser uno de los motivos principales por los que el protagonista del estudio llegase a ser líder, que no *rex*<sup>1</sup>, de esas gentes, que ante todo, buscaban integrarse en el Imperio.

Las primeras noticias que se tiene sobre los «godos de Alarico» –valga esta denominación– refieren acciones militares y saqueos en tiempos de Teodosio, en Macedonia y Tracia. Si por un lado ayudaron al emperador a combatir usurpadores, por otra parte, no dudaron en saquear sus dominios. Desde el comienzo de su viaje, se alternarían escaramuzas y *razzias*, vinculadas al pillaje o a la supervivencia, con acciones con un claro trasfondo político, buscando granjearse el favor imperial o tratando de forzar a los *augustos* a conceder títulos, tierras, riquezas u otras mercedes. Y la mayor parte de estas contraprestaciones, Alarico y sus seguidores, las obtuvieron de sus asedios a las grandes ciudades del Imperio. Constantinopla fue la primera gran urbe que recibió su visita y también fue la primera en poner de relieve sus limitaciones en materia de

poliorcética. Las negociaciones y la muerte del prefecto Rufino, pusieron fin al asedio y dejaron paso franco a las gentes de Alarico hacia Grecia.

Arce, con acierto, se esfuerza no solo en reconstruir del modo más fiel posible las etapas del viaje de Alarico, sino que además ofrece claves interpretativas para cada una de ellas que permiten comprender su desarrollo, así como su lugar dentro del conjunto de complicadas dinámicas políticas y militares del momento en el que tiene lugar. Pone en relación sus argumentos con los de otros académicos, ofreciendo una lectura completa *per se* del recorrido, pero que cuenta con suficientes referencias y ramificaciones, como para facilitar que el lector profundice en aquellos aspectos que le resultan más interesantes. El capítulo que se ocupa del paso por Grecia es un claro ejemplo de esta intención. Se analizan las evidencias de anteriores saqueos de Atenas por parte de gentes ultradanubianas, como los costobocos o los hérulos, para tratar de comprender cuál fue, por ejemplo, el nivel de defensa con el que podría contar la ciudad a la llegada de los godos en el año 396. También se examinan las versiones que autores cristianos y paganos aportan sobre este episodio –diversas y en ocasiones contrapuestas– que basculan entre la intimidación de los atacantes por parte de defensores sobrenaturales<sup>2</sup>, hasta una toma de la ciudad más o menos exitosa por parte de los godos. Es particularmente interesante el epígrafe centrado en

1. En sintonía con Demougeot, Arce considera prematuro otorgar esta categoría a Alarico. La denominación *rex*, que implica la existencia de un *regnum*, tendría más sentido tras el establecimiento de los godos en Aquitania, a partir del 418.

2. Aquiles y Atenea son estos defensores a los que se alude en determinados textos. *Vid.* p. 53 y ss.

la supuesta destrucción e incendio de la acrópolis por parte de Alarico y sus gentes, episodio del que una parte importante de la tradición historiográfica clásica le ha hecho responsable durante largo tiempo.

El relato del viaje continúa por el Peloponeso con la narración de más saqueos de ciudades del calibre de Corinto, Esparta o Argos, cuestionando o matizando la atribución y alcance de estas acciones. Las gentes de Alarico acaban por establecerse al norte de la Arcadia, en Pholoe. Será en estos montes donde Estilicón, al frente de una flota desplazada desde Rávena por orden de Honorio, los acorrale. Por algún motivo desconocido y que ha suscitado grandes controversias, el general, en lugar de atrapar a Alarico, acabará por retirarse<sup>3</sup>. Los godos con su líder al frente huirán hacia el Épiro y después a Ilírico, donde se asentarán y pasarán los siguientes 4 años. El nombramiento como *magister militum per Illyricum* por parte Arcadio y el establecimiento de sus seguidores, parecían anticipar estabilidad y paz, pero la realidad fue muy distinta. La frustración de sus deseos y la negación de una integración efectiva, junto con las constantes intrigas y juegos de poder orquestados por los eunucos de Oriente y Occidente, propiciaron el siguiente movimiento de Alarico: la invasión de Italia.

El incumplimiento de las promesas de Honorio y su negativa a

3. Un acuerdo entre ambos, la traición de Estilicón a Honorio, la indisciplina de las tropas atacantes o la necesidad de controlar la insurrección de Gildón, son algunas de las explicaciones que se han dado a esta desconcertante reacción. *Vid.* p. 68.

permitirle establecerse en *Pannonia* y *Noricum*, o de concederle títulos importantes, soliviantó a Alarico, que se dispuso a entrar en la península itálica. Las maniobras de las camarillas antigermánicas, que al parecer tenían gran peso tanto en Rávena como en Constantinopla, pudieron catalizar esta reacción. Las gentes de Alarico accedieron a Italia a través de *Aquileia*, ciudad que fue tomada al igual que otras de esta región y del Véneto. Los ecos del acontecimiento se extendieron con rapidez. Los invasores encontraron buenas calzadas, pastos y cultivos y casi ningún defensor, lo que facilitó su avance hacia *Mediolanum*, donde se encontraba Honorio. Ante las presiones de Alarico, el emperador y sus consejeros lo entretuvieron con ofertas de tierras lejos de Italia<sup>4</sup>, dando tiempo a que Estilicón reuniese tropas. Una vez tuvo organizado su ejército, el general atacó a los asediadores y les venció. Estos pusieron rumbo hacia el oeste, hacia las provincias que Honorio les había ofrecido. En su retirada, fueron atacados de nuevo por Estilicón en *Pollentia* y en Verona, dejando claro a los godos de Alarico que su lugar no estaba en Italia. La captura de la familia del caudillo godo, las pérdidas en su tesoro y las deserciones, motivaron el retorno a *Illyricum*. Al menos consiguió que el general de Honorio lo nombrase

4. *Hispania* o la *Galia* fueron algunos de los lugares que se propusieron a Alarico y sus gentes para el asentamiento. Provincias lejanas y de difícil gobierno, a una distancia considerable de los centros de poder y proclives a la aparición de usurpadores.

*magister militum*, al igual que hubiera hecho anteriormente Arcadio.

Tras el traslado de Honorio a Rávena, se sucedieron los problemas: la invasión de Italia por parte de Radagaiso (405), la entrada de suevos, vándalos y alanos en la Galia (406) o la proclamación como emperador de Constantino III en *Britannia* (407), enrarecieron aún más el ambiente. Por si fuera poco, Arcadio murió en 408, incrementando la inestabilidad. Alarico, tras percatarse de la debilidad de Honorio, deja el Épiro, poniendo rumbo a *Noricum*, con el fin de presionarlo y exige un pago considerable como compensación por el tiempo que llevaba esperando órdenes en *Illyricum*. A pesar de la oposición de la mayor parte de los senadores, se acabó por acceder al pago gracias a la mediación de Estilicón. Episodios como este, van abriendo una brecha cada vez más grande entre el general y su emperador, que devendrá en la muerte del *magister militum*, promovida por el siniestro Olympius, quien se había convertido en el principal consejero de Honorio. No solo se asesinó a Estilicón, sino también a sus familiares y partidarios en la corte. Alarico pidió respeto por los pactos que había alcanzado con Estilicón, pero Honorio desoyó sus peticiones. Marchó entonces el godo sobre Roma, con sus fuerzas renovadas a causa de la integración de nuevos efectivos, quienes ante la crueldad de la masacre, decidieron unirse a Alarico. Comenzó entonces el primero de los tres asedios de la *Vrbs*. Corría el 408.

En el cuarto capítulo, Arce aparca momentáneamente la narración para analizar las personalidades de sus principales protagonistas y las complejas

relaciones que se establecieron entre ellos. El emperador Honorio es uno de estos personajes principales. Su intransigencia ante las peticiones de Alarico motivó los asedios de Roma y propició un intenso enfrentamiento sordo entre ambos. Llama la atención cómo alguien con un carácter tan infantil y poco lúcido<sup>5</sup>, fuera capaz de mantenerse vivo y en el trono en una época tan atribulada. La enorme influencia que ejercían sobre él Estilicón y los eunucos de la corte fue otro de los rasgos que definieron su gobierno. Se abunda en otras facetas importantes de su vida y su personalidad, como su complicada relación con las mujeres, su ferviente religiosidad o su empeño por mantener el poder imperial y la integridad dinástica. La suerte, la tenacidad y la intransigencia se combinaron en una extraña e improbable proporción para convertir a Honorio en un gobernante superviviente, que en términos generales, salvó las complicadas situaciones y amenazas a las que se vio abocado.

Las relaciones de Alarico y Arcadio fueron bastante menos conflictivas. Los textos –las obras de Eunapio y Zósimo, principalmente– consolidaron la idea de que tras el joven emperador, eran Rufino primero y Eutropio después quienes gobernaban de facto. Además, la sombra de Estilicón, sus supuestas ambiciones territoriales sobre Ilírico y su presunta intención de ubicar en el trono de Constantinopla a su hijo

5. Bajo el epígrafe denominado «Los pollos de Honorio», se ofrece una semblanza del emperador de Occidente que engloba tanto lo político como lo psicológico. *Vid.* pp. 92-101.

Eucherio, fueron percibidas como serias amenazas. Los autores antiguos son muy críticos con Honorio, al que describen como alguien tan incapaz como su hermano, pero con un carácter distinto. Frente a la intransigencia de Honorio, su hermano menor fue caracterizado como un joven débil, perezoso y taciturno. Al margen de las matizaciones que se pueden hacer a Zósimo, Filostorgio o Sinesio de Cirene, sí que parece claro que el papel de Arcadio en cuanto a la toma de decisiones, debería ser bastante limitado, si no restringido a la mera sanción de las mismas.

«Estilicón, es quizás, en la historia de Alarico el personaje principal y la clave en el desarrollo de los acontecimientos». Su relación con Alarico fue de una gran complejidad y, en ocasiones, muy ambigua. La información que de él nos da Claudiano ha de ser leída con precaución, pues este poeta fue su panegirista. A través de la epigrafía es posible seguir su espectacular ascenso hasta llegar a ser *magister utriusque militiae*. Entroncó mediante casamiento con la familia imperial y fue nombrado por Teodosio protector de Honorio y con bastante probabilidad, también de Arcadio.

Retomando la historia de Alarico, el quinto capítulo se centra en los asedios de Roma. Se analizan aspectos técnicos de los mismos y se valoran las intenciones de un Alarico perpetuamente frustrado frente a las sucesivas negativas de Honorio. El autor deja claro que en ningún caso lo que se persigue es la destrucción de la ciudad: el fin último de estas maniobras era el de forzar a Honorio a cumplir sus promesas y obtener riquezas. Parece más oportuno, por tanto, interpretar desde una perspectiva política

estos episodios, que hacerlo desde un punto de vista estrictamente militar.

Como se ha adelantado, la primera tentativa de sitio tendrá lugar en el 408. Aunque Honorio se hallaba en Rávena, Alarico se dispuso a asediar Roma, menos defendida, más rica y el mayor símbolo del poder imperial. La estrategia que planteó fue de desgaste: bloqueó el suministro de víveres entre Ostia y la *Vrbs*, del mismo modo que había hecho en Atenas. Tras el muro aureliano, reforzado a iniciativa de Estilicón entre los años 403 y 404, los asediados comienzan a inquietarse y a elucubrar, buscando traidores. Serena, la viuda de Estilicón, fue víctima de estas acusaciones y acabó muriendo a causa de ellas. Con el pueblo hambriento y el Senado dividido, las diferencias entre paganos y cristianos se acrecentaron. El racionamiento y falta de higiene dieron paso al hambre y la enfermedad. La ciudad se convirtió en un cementerio y, al parecer, no faltaron las tentativas de canibalismo.

El Senado acabó por enviar una delegación para escuchar las demandas de Alarico. Tras una larga negociación, se concretó un rescate que incluía oro, plata, vestidos romanos, seda y pimienta<sup>6</sup>. Tras el pago, se levantó el asedio. Honorio quedó en

6. Zos. *Historia*, V, 41, 4. Arce hace referencia a la inteligencia de Alarico, quien además de garantizarse riqueza, obtiene objetos de lujo que puede utilizar en intercambios diplomáticos, especias para conservar los alimentos y ricas vestimentas que ayudarán a integrar a sus «godos» entre los romanos. El autor propone el término *imitatio* para explicar estas exigencias, reforzando la teoría de que uno de los fines últimos del líder bárbaro era la integración.

evidencia debido a su total inoperancia. Este primer asedio de Alarico puso en jaque tanto a Roma y como a Rávena.

Del asedio del 409 conocemos menos detalles. En este caso, las hostilidades comenzaron en Rávena. Alarico había conseguido un botín importante en Roma, pero trataba de alcanzar un acuerdo de paz con las debidas contraprestaciones de Honorio, quien hizo caso omiso de las peticiones del godo, manteniéndose inflexible y celoso de su poder. Ante esta delicada situación, el Senado de Roma intentó convencer a Honorio, que también les ignora. Los nuevos intentos de negociación, en los que tomarán partida Jovius –sustituto del infame Olympius en el cargo de *magister officiorum*– y algunos obispos de las ciudades italianas, vuelven a ser infructuosos. El envío por parte de Honorio de un contingente de 6000 hombres para disuadir a los godos tampoco tiene éxito. La toma de *Portus* y la consecuente interrupción de suministros, vuelve a dejar a Roma contra las cuerdas. El Senado, luchando por la pura supervivencia de la ciudad, establece una suerte de alianza con Alarico al reconocer como emperador de Roma a Átalo Prisco en un intento de forzar a ceder a Honorio. El caudillo godo es nombrado *magister militum utriusque militiae*, mientras que su cuñado Ataúlfo recibe la dignidad de *comes domesticorum*. Obtiene así de algún modo un grado más de legitimación por parte de los romanos, aunque esta manase de un usurpador reconocido por el emperador de Occidente.

Se intentará entonces forzar a Honorio a que comparta su poder con Átalo. El pacto se esbozará, pero la

negativa de Átalo a intervenir en África para conjurar la rebelión orquestada por Heracliano, alienta la disensión. La llegada de las tropas de Oriente en apoyo de Honorio y el corte del suministro de trigo consumado por los rebeldes norteafricanos, propician una redefinición de las alianzas: Honorio y Alarico pactan despojar de su poder imperial a Atalo<sup>7</sup>.

El más conocido de los asedios de Roma es el del 410, aunque no se tienen demasiados datos del mismo<sup>8</sup>. Las buenas relaciones entre Sarus –godo enemistado con Alarico– y Honorio, parecen ser el desencadenante del sitio. La ciudad estaba lo suficientemente bien guarnecida como para que los atacantes tuvieran que recurrir a la estrategia para tomarla. Mientras se interrumpía el abastecimiento de la ciudad, parece que se buscó ayuda intramuros, infiltrando elementos afines o ganándose el favor de aquellos que ya se hallaban en el interior para abrir las puertas de la muralla. Sea como fuere, consiguieron acceder y se inició el saqueo, que según los textos, duró tres días y estuvo sujeto a «ciertas normas»<sup>9</sup>. Los datos que aportan las fuentes no son concluyentes; encontramos exageraciones, imprecisiones

7. Orosio califica de *infelicissimus* a este personaje, que después, en manos de Ataúlfo volverá a ser proclamado emperador. Acabará siendo exhibido en Roma en la entrada triunfal de Honorio en Roma en 416, tras haber sido capturado y mutilado por Constancio III.

8. Falta la información de Zósimo, por lo que se ha de reconstruir a través de Procopio, Orosio y los escolásticos.

9. Destaca la orden clara de respetar el derecho de asilo *in sancta loca*.

e inexactitudes. La interpretación de esta información en ningún caso nos puede llevar a concluir que se perpetró una destrucción masiva o un saqueo sistemático, a pesar de que estas han sido las versiones que tradicionalmente se han aceptado como válidas: el análisis de las evidencias arqueológicas matizan estas valoraciones.

El último capítulo del libro se ocupa de la muerte de Alarico. Tras el saqueo de Roma, con un enorme botín, el caudillo y sus gentes se disponían cruzar el mar hasta el norte de África. Una gran tormenta en el estrecho de *Messina* hunde una parte de su flota, mientras que el resto se dispersa. Los supervivientes se reúnen en tierra y ponen rumbo al norte hasta llegar a Cosenza. Allí será donde en el año 410 Alarico morirá de forma inesperada. El extraordinario enterramiento en el cauce del río Busento es el objeto de análisis en las últimas páginas del capítulo.

La pequeña obra se completa con dos apéndices. El primero de ellos plantea una argumentada

hipótesis sobre el paradero del «tesoro» de Alarico. En el segundo se recoge la balada de Augusto Von Platen titulada *Das Grab im Busento*, una evocadora composición que ilustra con claridad el aura mítico-heroica que rodea a la muerte y enterramiento del caudillo. El lector encontrará imágenes, mapas y esquemas que facilitan la comprensión del texto y lo complementan. Las últimas páginas del libro se dedican a una completa bibliografía, así como a los correspondientes índices de nombres e imágenes.

Este trabajo del profesor Arce, de estilo claro y grata lectura, alcanza el compromiso exacto entre la erudición y la accesibilidad. Integra los datos disponibles sobre Alarico en un relato sólido, en el que las carencias de las fuentes se salvan con argumentaciones sólidas pero abiertas, lo que hace muy recomendable su lectura a cualquiera interesado en el periodo y el personaje.

José Ignacio Sánchez Sánchez  
jjss31282@gmail.com